

TX H42

Textos de Rosario Ibarra. "De goles y frijoles" en El Universal. México, 4 de marzo 1986.. Docs.1

Artículo de prensa de Rosario Ibarra que relata la falta de agua en Monterrey y el olvido de la gente gracias a la victoria del equipo local en un partido de futbol, desbordándose el festejo en gran parte de la ciudad del Norte.

Clave expediente TX H42

Fondo R

Volumen

Año de publicación 1986

Año final 1986

Sección temática 1986

Serie geográfica 1986

Sección relacionada

Serie relacionada

Observaciones Recorte de prensa en original y fotocopia

Fuente Rosario Ibarra

De goles y frijoles

Por ROSARIO IBARRA

ERA el 10. de marzo y las tolvaneras de este mes que es "otro poco" más loco que febrero (como dice el refrán), invadían a Monterrey. Todo se veía gris y opaco y un aire caliente llenaba la ciudad. Las barriadas de las orillas recibían con mayor fuerza aquel soplo ardiente y en sus aceras se amontonaban papeles y trozos de plástico, cáscaras de fruta y desperdicios de todo lo imaginable.

El ambiente estaba seco y las tuberías también, porque la "hermana agua" no transitaba por ellas. Sí, desde hace mucho tiempo, en Monterrey, aquello de que el problema del agua está resuelto, es mera propaganda. El eco triunfalista de las postrimerías del gobierno de Martínez Domínguez se ha ido perdiendo tras la realidad de una sed que no se puede saciar. Monterrey entero está sin agua casi todas las horas del día. Solamente por las mañanas fluye tímidamente con una presión tan baja que exaspera al más paciente de los regiomontanos.

Ese día 10. de marzo, seco y caliente, a los ojos de muchos no parecía tan feo. La mirada verde tierno de la primavera empezaba a asomarse por calles y jardines y la euforia de un juego de pelota esperado con ansia, llenaba las mentes de mis paisanos.

Al terminar el día era aquello la locura en su más alta expresión. Gritos y risotadas, borbotones de carcajadas, saltos de júbilo, agitar de banderas, de gorras y camisetas. Eran las 10 de la noche y todavía se escuchaban las bocinas de los coches, los acelerones impacientes de los que querían irse pronto del estadio para llegar a la gran plaza a festejar el triunfo de su equipo, de la "Pandilla" (como lo llaman), todos llenos de orgullo porque dicen que es de su ciudad, de Monterrey, de la Sultana del Norte y porque por poquito más de cuarenta años esperaron ese triunfo.

La sed de los regiomontanos a esa hora, no la pudo saciar el agua, pero sí miles de refrescos de los llamados de cola y —faltaba más— miles y

miles de cervezas, de esas que se enfrían en hielo picado para que estén (como decimos acá), bien heladas.

Y este pueblo eufórico, este pueblo orgulloso de su equipo, se sumergió en las suaves aguas de la ilusión, en la agradable sensación del triunfo de un grupo de jugadores de pelota que llaman de Monterrey, pero que en realidad son de otras partes, algunos de ellos de muy lejos, como casi todos los jugadores de todos los equipos mexicanos. Claro que esto no tiene importancia y menos para quienes pensamos que todos somos ciudadanos del mundo, pero lo que entristece y hasta deprime, es el que una ciudad entera sea capaz de olvidarse de todas las calamidades que se ciernen sobre ella, de todos los manejos de las administraciones de gobierno que tan poco hacen por ella y nos asombramos al saber que hubo muchísimas personas que pasaron la noche de la víspera del juego a la intemperie en las afueras del estadio para poder lograr sentarse en un buen lugar y que se vendieron (o se revendieron) los boletos hasta en quince y veinte mil pesos cada uno.

—Y qué quieres que hagamos— me decía una vecina—. Aquí, ganamos de veras y no nos pueden hacer lo que en las elecciones. Ahora ni modo de que haya fraude, porque el triunfo estuvo claro y ni las patadas traicioneras ni los golpes hicieron perder a los nuestros. Estamos cansados de que nos tomen el pelo y en esto, aparte de que no nos pueden engañar, nos divertimos un poco".

Me quedé pensando en el tiempo que podrán durar esas ilusiones. Recordé a gente que he visto en otros rincones del suelo mexicano que ya no tiene siquiera el consuelo de pensar que en los juegos de pelota no lo engañan, porque, sencillamente, no puede asistir a un estadio ni puede ver el juego por medio de la televisión porque en sus pueblos y rancherías no hay electricidad.

Recordé también los gritos airados de los trabajadores el 10. de mayor pasado: "No queremos goles, queremos frijoles".

Fue pasando por mi memoria, como si fuera una película un gran número de imágenes de Monterrey, de cuando la macroplaza se llenó de gente que gritaba furiosa, porque afirmaba que había ganado su candidatura y alzaba los puños amenazantes hacia el palacio de gobierno, cuando le anunciaron que era el perdedor. Vi cómo se desmoronó su esperanza cuando la abandonaron, cuando hubo quienes se conformaron con entregar en la puerta del palacio una carta de protesta, en vez de exigir un derecho que les había dado el voto popular. Me parecía ver en esta mi remembranza, cómo las elecciones para presidente municipal parecían un gran témpano de hielo después de compararlas con las de gobernador. Así es, así tenía que ser. Frustraciones hay que insensibilizan o que siembran desconfianza y recelo.

Para mí, sin embargo, resulta muy difícil de entender el modo de pensar de mi vecina. Estoy de acuerdo en que todo mundo tiene derecho a divertirse, a sentirse contento si su equipo es el campeón, pero no que toda una ciudad se deje arrastrar por la propaganda de quienes quieren precisamente sumir al pueblo en la enajenación para que se olvide de carencias, de malos manejos, de tropelías y de arbitrariedades.

Si en Monterrey, mi querida provincia, todavía hay quienes se sientan satisfechos con el triunfo de un equipo de fútbol, ojalá y les dure el gusto; si no les afecta mucho la falta de agua porque beben refrescos de cola y cerveza, que se acuerden que el líquido cristalino que les falta a casi todos los habitantes de la ciudad, no les falta a las fábricas de refrescos, de cerveza y de hielo, o que me digan de qué los hacen.

El calor crece en Monterrey, la sed se agiganta; las tolvaneras de marzo levantan descontento y desencanto. ¿Dónde están los miles de litros de agua que nos prometieron? Aún no llega la primavera y ya nos racionan el agua. ¿Qué irá a ser de nosotros en

(CONTINUA EN LA PAGINA 8)

De goles y

(CONTINUA DE LA PAGINA 4)

el verano terrible de esta tierra? ¿Cuántos niños habrá víctimas de la deshidratación? No lo sabemos, como no sabemos hasta cuándo dure la paciencia de los regiomontanos y hasta dónde lleguen los linderos de las ilusiones de la antiestética fuente de Neptuno en la gran plaza y los sueños de triunfo de los que le gritan vivas a su equipo campeón.

PRIMERA SECCION

Martes 4 de
marzo de 1986

EL UNIVERSAL